

González-Urizar, cien años después

La palabra poética acoge numerosas tonalidades y hace suyos variados recursos y repertorios temáticos. Con Terencio, deberíamos repetir aquello de que nada de lo humano le es ajeno. Pero ese rasgo heterogéneo de los estímulos y asuntos con que sabe ofrecer versiones de lo vivo reconoce una frontera inesquivable: ser vocablo con relieve, es decir, con resonancia y significación, capaz de provocar experiencias de asociaciones imaginativas en la memoria y en la sensibilidad de quien la conoce.

Natural de Bulnes (30 de mayo, 1922), el poeta Fernando González-Urizar se consagró a la escritura poética. Fue un orfebre, un joyero de la palabra. Hizo de ella una salvaguarda de los paraísos perdidos, como un aduar en el largo desierto hasta donde dirigir las evocaciones, las autorreferencias, los viajes y las heridas de la belleza.

“Hablar, hablar contigo/ cuando las lenguas de la sed agobian/ y eres árbol en llamas y te abrasas. // Hablar y que me escuches y te quedes / en agua inmóvil/ hasta que duren las palabras”.

Si la palabra lírica es, entre tanto más, un habla solitaria, sumergida y silente, dimana de ella un convencimiento osado: estatuir las voces del viento; ceñir de cuerpo la fuga; aquello que es mientras escapa no menos que el despertar de vínculos dormidos que yacen en la sombra, como si aguardaran un renacer, para decir y decirse, que la vida es otra vez y que el jamás podría ser un siempre contrariado.

Fulgores, pedrerías, musgos y jazmines acuden numerosos en la escritura de González-Urizar. La predominancia del pretérito unta las orillas de lo inminente. Galano el lenguaje sensitivo de tacto y audición, la voz ansía la luz, la vastedad de océano, la perdurabilidad en el relámpago. Sólo que los deseos carecen de potestad suficiente con qué desmentir la evidencia que sopla como viento contrario:

“Jamás habrá otra vez. Ya transcurrió/ la hermosura fugaz, limpia y desnuda. / Alada y solitaria era su voz, / terrible su esplendor desmesurado. // Jamás irás conmigo, juventud / melodiosa y oscura de mis ansias. / El amor dio su exacta duración, / lo demás es arena memorable”.

González-Urizar escribió su obra con ceremoniosa unción. A ella dedicó “Las nubes y los años”, esa biografía íntima que replica el tránsito y el atisbo de la dicha en el vocablo escogido para no menguar el aprecio ni el deleite que le deparara el reconocimiento de ser “Nudo ciego” y “Tañedor de lluvias”.

Absorto en el borde de la noria, el silencio congenia mucho más con la melancólica melodía de consideraciones dedicadas a palpar los signos que dejan caer las efímeras plenitudes. “Musgo de soledad”, “Saber del corazón” consienten en decir de un poeta que, con toda evidencia, fue vocero “de la misma otredad ensimismada”.

No tuvo que hablar demasiado en las sesiones de la Academia Chilena de la Lengua, antes lo había hecho “Al sur del ayer”.

Juan Antonio Massone
Diario *La Prensa*